

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / PRIMER SEMESTRE DE 1978

SUMARIO

Necesidades básicas o desarrollo global. ¿Debe el PNUD tener una estrategia para el desarrollo? <i>Sidney Dell</i>	5
Entre realidad y utopía. La dialéctica de las ciencias sociales latinoamericanas <i>Jorge Graciarena</i>	35
El financiamiento externo y los bancos comerciales. Su papel en la capacidad para importar de América Latina entre 1951-1975 <i>Robert Devlin</i>	65
Las relaciones entre los sectores formal e informal <i>Víctor Tokman</i>	103
Empresas transnacionales y productos básicos de exportación <i>Benny Widjono</i>	143
Precios y ganancias en el comercio mundial del café <i>Alberto Orlandi</i>	171
Las desigualdades de salarios en el mercado de trabajo urbano <i>Paulo R. Souza</i>	211
El Fondo Monetario Internacional en una nueva constelación financiera internacional: Comentario interpretativo <i>David H. Pollock y Carlos Massad</i>	237
Algunas publicaciones de la CEPAL	243
Otras publicaciones	259

Entre realidad y utopía

La dialéctica de las ciencias sociales latinoamericanas

*Jorge Graciarena**

Si las ciencias sociales están condicionadas a la realidad en cuyo seno surgen y se desarrollan sus avatares recientes en América Latina sólo pueden ser explicados cabalmente en el marco de referencia de las transformaciones de aquélla. En concreto, deben plantearse en el contexto del orden tecnocrático que se ha impuesto en las instituciones fundamentales, ciertos puntos decisivos: qué concepciones predominan actualmente en las ciencias sociales y por qué, cuáles emergen en contraposición a ellas y cuál es la evolución probable de cada una.

En consecuencia, el esfuerzo central de este ensayo apunta a describir el desarrollo de una 'concepción tecnocrática' de la ciencia social en el terreno abonado por aquel orden y a mostrar sus rasgos fundamentales. Entre estos últimos destaca su función instrumental, pragmática y subordinada a dicho orden, su énfasis en la producción de técnicas sociales y su predilección por una perspectiva fragmentaria y sectorial. Y frente a ella afirma la necesidad de consolidar una 'concepción crítica' que constituya el conocimiento social a base de una crítica sistemática de sí misma y de la realidad, que asuma sus responsabilidades éticas y que considere a la libertad intelectual como requisito indispensable de su quehacer, pues sin ella no hay posibilidad de alcanzar la verdad ni la objetividad.

*Director de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

I

El desarrollo de las ciencias sociales en América Latina ha sido primordialmente un contrapunto dialéctico entre ideas y procesos reales en el que aquéllas ajustándose a éstos, y viceversa, han arribado a síntesis nunca del todo concluyentes; muchas veces distinto y contradictorio, pero siempre aferrado a una reiterada preocupación por la marcha de la historia, por las perplejidades de la coyuntura y también por la angustiosa anticipación del futuro. Cualquier intento de atribuir un sentido al quehacer científico de las ciencias sociales tendría por fuerza que reparar en la existencia de un movimiento recurrente que, en forma alternativa, las acerca y aleja, pero nunca las separa completamente de las situaciones sociales concretas ni de las contingencias críticas, así pues, de muchas maneras y desde los más diversos ángulos se han incorporado al campo de la reflexión y del debate intelectual. Los problemas de la realidad social, sus conflictos fundamentales y sus posibilidades potenciales han estado presentes, de una u otra manera, en la temática de las ciencias sociales en los últimos decenios. Aunque acusando un natural desfasaje, y acaso algunas circunstanciales desconexiones, la historia real de las sociedades latinoamericanas, sus transformaciones y problemas críticos han condicionado *pari passu* la historia intelectual de sus ciencias sociales. No menos importante ha sido la gravitación de las aspiraciones y esperanzas vigentes en cada momento histórico. Así, realidad y utopía se han entremezclado en una trama que ha contribuido a darle su peculiar fisonomía.

Desde luego, nada de esto es novedoso ni original. La demostración del condicionamiento histórico de las ciencias sociales ya se hizo muchas veces, especialmente con referencia a algunas de sus

disciplinas especiales. Tampoco faltan análisis más comprensivos que destaquen la relevancia de los problemas sociales en conjuntos mayores de la reflexión científico-social durante períodos relativamente amplios del presente siglo.¹

La adaptación de las ciencias sociales a la situación histórica no fue meramente mecánica y reactiva, como pudo haber sido si en su evolución hubieran seguido ciegamente el curso dictado por el sentido de los acontecimientos sociales predominantes. En realidad, no fue así. Por el contrario, en el juego dialéctico entre pensamiento y realidad las ideas sociales ejercieron una influencia nada desdeñable sobre el desarrollo de las sociedades latinoamericanas. Al fin y al cabo, de ellas, y más específicamente de sus proyecciones ideológicas, surgieron los objetivos y estrategias que, de una u otra manera contribuyeron a conformar el desarrollo histórico de la región.

Quizá no esté de más recordar ahora que la realidad social no existe por sí misma, sino que se manifiesta a través de alguna de sus diversas interpretaciones posibles. Sin caer en el subjetivismo idealista que niega su existencia objetiva y reduce la realidad a puros contenidos de conciencia, lo que supone un inaceptable monismo reduccionista, tampoco puede dejar de señalarse que, en última instan-

cia, la realidad se refleja en la conciencia de los individuos (actores-agentes sociales) mezclándose con sus ideas e intereses en constelaciones específicas que constituyen la base y guía de sus comportamientos sociales. En un sentido estricto, las ideologías constituyen precisamente un cierto tipo de ideas concretas donde se combinan, fundiéndose, necesidades sociales, juicios de realidad socialmente condicionados y objetivos para la acción. De ahí su relevancia en el proceso de desarrollo y cambio social, y por supuesto en situaciones históricamente definidas.

Por lo tanto provisionalmente se puede afirmar que las ciencias sociales latinoamericanas se desplazan de un modo u otro en una dirección convergente con la seguida por la realidad social en su curso histórico. Más próximas o más alejadas, nada de eso ha significado una alteración profunda, ni menos aún la ruptura de su conexión con la realidad social. Y esto no ha ocurrido sólo por la determinación voluntaria de algunos de sus practicantes —lo que no ha dejado de revestir cierta importancia— sino por la propia y simple naturaleza de las cosas que supone el condicionamiento dialéctico entre ideas y realidad social. Esta conexión recíproca constituye algo así como el nudo de las reflexiones que siguen.

¹ Un trabajo que destaca de manera concluyente las correspondencias señaladas es A.E. Solari, R. Franco y J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976. También J. Graciarena y R. Franco, *Social Formations and Power Structures in Latin America* (en curso de publicación en la serie Current Sociology de la Asociación Internacional de Sociología), donde se analizan, primero, las tendencias del cambio sociopolítico, y luego la reflexión de éste sobre el

pensamiento social, particularmente en el campo de la sociología y de la ciencia política latinoamericanas. Algunas de las tesis allí sostenidas ya aparecieron antes elaboradas en J. Graciarena, *Formación de postgrado en ciencias sociales en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1974; y en "Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el Estado tecnocrático", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 37, Nº 1, enero-marzo de 1975.

II

Antes de incursionar en otras direcciones, acaso se justifique recordar algunos aspectos específicos de la formación del conocimiento social, en particular los relativos a la constitución de las ciencias sociales, que, con el tiempo, adoptaron como modelo el de las ciencias naturales de carácter experimental. En sus orígenes toda reflexión más o menos sistemática sobre la sociedad contenía elementos mágicos y proyecciones trascendentes que les otorgaban un carácter de teología social, donde se mezclaban Dios y el mundo, lo deseado con lo observado, el conocimiento y los valores, todo lo cual adquiriría matices particulares atribuibles a la posición social, experiencia, idiosincrasia y sentimientos de sus practicantes. En el profetismo religioso es donde posiblemente pueda encontrarse la expresión más rica de estos componentes.

Más tarde, el racionalismo empirista y la secularización tendieron a mundanizar la reflexión social que de este modo se tornó primero filosofía social y luego ciencia social. Durante ese pasaje el conocimiento social fue paulatinamente dejando de lado sus fuentes y referencias trascendentes sin perder por ello sus proyecciones teleológicas ni su normatividad.

Esta transición, que cobra un vigor incontenible en el siglo XVIII, y se completa en gran medida en el siguiente, subraya dos problemas centrales. El primero se refiere a la posibilidad de aislar y separar los elementos objetivos —científicos según los cánones del positivismo— de los subjetivos y doctrinarios, que hasta entonces estaban deliberadamente unidos, y que aunque secularizados continuaron así puesto que en el saber sobre

la sociedad del siglo XIX se combinaban juicios de realidad, proyecciones ideológicas del pasado y presente, y anticipaciones utópicas sobre el porvenir. De allí los estrechos vínculos que se establecieron con los movimientos sociales y las luchas políticas de la época, muy evidentes por cierto tanto en el pensamiento liberal como en el marxista.

El segundo problema se vincula con los nuevos fundamentos de la validez del conocimiento social que, conforme al modelo positivista, se basaban esencialmente en la verificación por los hechos de las proposiciones teóricas y en su racionalidad y eficacia práctica. En ambos casos se cuestionan tanto la naturaleza y los criterios de verdad del conocimiento pretérito, como sus fuentes de legitimación basados en la revelación y la tradición, en un pasado más lejano; o puramente en la razón y en diversos tipos de práctica y experiencia social, en años más recientes. La lógica positivista rechazaba enfáticamente una y otra posibilidad aferrándose a los hechos como única y confiable fuente de conocimiento.

La historia que sigue es bastante conocida y, por lo tanto, sólo se justificaría aquí aludir rápidamente a unos pocos puntos que revisten particular interés. El auge de las ciencias naturales las convirtió pronto en paradigmas del conocimiento científico, y sus patrones metodológicos se tornaron pronto en la receta reiteradamente aconsejada a las ciencias sociales para su progreso. Como la tradición anterior del pensamiento social especulativo, trascendentalista unas veces o racionalista otras, nunca fue abandonada, ni aun en el seno de las ciencias sociales, su evolución ha seguido un cur-

so que oscila entre el polo del compromiso militante y la ideologización deliberada, por un lado, y por el otro, el retraimiento hermético y la asepsia temática que tienden a evitar la contaminación del conocimiento científico en las controversias y conflictos del momento histórico. Pese a todos los esfuerzos intelectuales llevados a cabo en esta última dirección los frutos no han correspondido a las expectativas. Una y otra vez se ha comprobado que en la formación del conocimiento social la confusión entre ideales y realidad social ha sido permanente.² Y si lo ha sido es precisamente porque esa conexión está profundamente incrustada en las entrañas mismas del conocimiento social.

La indagación del pasado autoriza a suponer que los momentos de mayor creatividad intelectual de las ciencias sociales ocurrieron precisamente cuando su conexión con las transformaciones socia-

les y crisis históricas fue asumida lúcida y conscientemente. Basta recordar al respecto la relación evidente que hay entre algunos relevantes acontecimientos históricos y la génesis de varias de esas disciplinas.

Acaso sea pertinente recordar antes que la ciencia, como saber organizado, fue un producto de la sociedad burguesa y de un tipo de racionalismo que sólo se desarrolló en ambientes urbanos. De allí que la ciencia empírica haya sido un resultado de la práctica social de la vida urbana. En el caso de las ciencias sociales valga la mención del notorio vínculo entre el surgimiento del capitalismo industrial en el siglo XVIII y la economía política, de la formación de las sociedades nacionales europeas centradas en torno al Estado nacional y la ciencia política; y, para no abundar demasiado, recuérdese la relación entre las crisis decimonónicas de consolidación de la sociedad burguesa y de formación de un proletariado urbano industrial con la sociología. Precisamente, uno de los más ilustres defensores de la historicidad de las ciencias sociales, Karl Mannheim, definió a la sociología como ciencia de las crisis, luego de destacar su carácter de disciplina que no sólo surgió de ellas sino que creció gracias a sus estímulos y desafíos.

Y esto también se advierte en las otras ciencias sociales, cuyos desarrollos se han fortalecido y sus posibilidades acrecentado cada vez que han debido responder a demandas sociales para superar coyunturas críticas, expresadas como conflictos generalizados e *impasses* que no pueden ser resueltos con los medios corrientes. En estas circunstancias fueron frecuentes verdaderas 'revoluciones científicas' que recomponen desde sus fundamentos al conocimiento social. Considé-

² La sociología de la ciencia y del conocimiento ha mostrado muchas veces la existencia de esta relación. La literatura al respecto es demasiado abundante y hace poco menos que innecesaria citarla. Sin embargo, no puedo resistir la tentación de mencionar una crítica brillante concebida dentro de esta tradición sobre el funcionalismo estructural de Talcott Parsons: A. Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, traducción de Néstor Míguez, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1970. Todavía más pertinente es la mención de la contribución crítica de la Escuela de Frankfurt, de cuyos importantes trabajos Gouldner sacó buen partido. Puede verse al respecto M. Jay, *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research. 1923-1950*, Boston, Little Brown & Co., 1973. [Hay versión castellana: *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, traducción de Juan Carlos Curutchet, Ed. Taurus, Madrid, 1974.] Varios problemas tratados aquí deben mucho al trabajo de uno de sus fundadores: Cf. M. Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur, 1969.

rese, por ejemplo, la registrada de resultados de las crisis económicas capitalistas de los años 30 en la economía liberal, que experimentó una revisión hasta sus cimientos con la llamada "revolución keynesiana".

En estas notas se admite como un punto de partida el condicionamiento histórico de las ciencias sociales y, en términos generales, se lo juzga positivamente. En efecto, se supone que esta conexión ejerce una influencia beneficiosa que, por un lado, enriquece al conocimiento y la reflexión social, y por el otro a las ideologías y valores sociales.

El hecho de que se juzgue beneficiosa la relación del conocimiento con la

realidad social no implica que aquél sea invariablemente bueno cuando de alguna manera refleja a esta última, y esto porque el conocimiento puede asumir algunas veces un carácter alienante y represivo, mientras que en otras el acceso al mismo puede abrir las compuertas a nuevas fuerzas sociales, generando así mayores posibilidades de racionalidad sustancial en grupos deprimidos y sometidos, y por lo tanto apáticos e inorgánicos con respecto a la vida política y social. Una u otra posibilidad no dependen tanto del conocimiento mismo como de los contextos de referencia que lo condicionan. Sobre este punto se volverá más adelante.

III

Al destacar la conexión fundamental que implica el condicionamiento social del conocimiento de la sociedad, no habría que dejar de recordar que en múltiples circunstancias, y por las más diversas razones, se ha manifestado un empeño persistente por liberar las ciencias sociales de esta dependencia, sea convirtiéndolas en ciencias 'puras', matemáticamente formalizadas, abstractas e impolutas, conforme al modelo científico de la física teórica y experimental, o despojándolas de las infiltraciones valorativas y de los condicionamientos humanos que se introducen en diversas fases y por distintos resquicios del trabajo científico.

El ideal de una ciencia neutra ha sido impercedero, y se lo ha invocado a veces desde posiciones sociales y perspectivas intelectuales que en ese mismo momento estaban profundamente comprometidas con la continuidad de la situación hegemónica predominante. En estas circunstancias, la invocación aludi-

da no podía dejar de mostrar un carácter contradictorio, porque la pretensión de disponer de una ciencia neutra era incapaz de ocultar su naturaleza ideológica puesta al servicio de la conservación del *statu quo*. Cuando esto ocurrió su verdad se tornaba políticamente inapelable sólo por el respaldo que recibía de un poder autoritario que la hacía suya.

Pero no ha sido solamente el *dictum* político lo que ha influido en esta concepción de la ciencia social. También tuvo que ver, y no secundariamente, la pretensión totalitaria de algunas de sus variantes o escuelas de convertirse en la Ciencia Social por antonomasia, excluyendo por lo tanto como no científicas a todas las demás variantes que no reconocen su condición paradigmática, o sea, que no parten de sus mismas premisas y aceptan los enfoques y problemas, así como las reglas de método preconizadas por la epistemología neopositivista.

En este sentido los esfuerzos fueron

constantes y no perdieron su vigor. Por el contrario, la necesidad de aislar el conocimiento liberándolo aparentemente de sus condicionamientos sociales crece hasta agigantarse en las sociedades tecnocráticas.³ Y esto es así porque en ellas, por ser el conocimiento su principal fuente de legitimación social, necesita parecer independiente del poder tecnocrático. Admitir la existencia de una simbiosis entre conocimiento y poder tecnocrático sería fatal para las pretensiones de este último de legitimar su ejercicio por medio de la verdad inconcusa que aquél le proporciona y en cuya concreción se encuentra empeñado.

El paradigma de una ciencia social libre de valores siempre ha sido fuerte y aun dominante en algunas fases del desarrollo histórico latinoamericano, y cuando predominó impuso modalidades que se manifestaron en su temática y práctica científica. Aunque vigoroso este movimiento no logró desvincularse realmente de los problemas sociales de su tiempo, como así tampoco alcanzó más que una duración limitada a unos pocos años, menos por cierto que la que tuvo en el mundo anglosajón de donde procedía.

Carecería de sentido la tentativa de explicar este momento particular de las ciencias sociales, entre otras cosas, porque las explicaciones abundan y se han enunciado con los más diversos matices, y también en mérito a la brevedad, porque ella sería aquí impropio. Baste recordar, ampliando lo ya expresado, que la vigencia de las ciencias sociales empiristas, que se autodenominaban científicas en sentido estricto y se empeñaban en diferenciarse de las otras formas del saber precisamente porque apela-

ban como criterio de verdad a pruebas empíricas y demostraciones formalizadas, se relaciona con una fase optimista del desarrollo latinoamericano. En efecto, las circunstancias parecían entonces propicias en varios sentidos: un crecimiento económico constante y autosostenido, que aseguraba una corriente de productos y servicios que, al distribuirse más equitativamente, posibilitaría mejores niveles de bienestar social y formas de convivencia política cada vez más democráticas. Se trataba por lo tanto nada más que de escrutar la realidad para eliminar los obstáculos y resistencias que impedían que el crecimiento se tornase verdadero desarrollo social y asegurase las bases de consenso y bienestar necesarias para el logro de una sociedad más armónica y justa.

La utopía era indudablemente atractiva para muchos que adhirieron a ella, entre otras cosas, porque deseaban un proceso de transformaciones y desarrollo sin conflictos inútiles. La marcha pacífica hacia una sociedad más justa parecía entonces posible apelando al consenso y a métodos racionales. Sin embargo, la tozuda realidad se empeñó en poner en duda los principales soportes de la utopía. Por ejemplo, y dicho brevemente, crecimiento y desarrollo no eran procesos convergentes ni aun paralelos; la transformación planificada no eliminaba los obstáculos ni las resistencias al desarrollo social, sino que, y esto en no pocos casos, los reforzaba contribuyendo a acentuar las desigualdades sociales por la concentración de recursos e ingresos en sectores muy minoritarios de la población; el desarrollo equilibrado y el cambio social armónico terminaron por ser mitos útiles, cuya eficacia dependía en todo caso del uso indiscriminado de recursos represivos y alienantes necesarios para contener o desviar las reaccio-

³ Más adelante se explica qué se entiende aquí como un orden social tecnocrático.

nes de los diversos grupos y sectores sociales postergados y explotados.

El conflicto resurgió como un recurso, acaso el único al alcance de ciertos grupos sociales desesperados, que sólo así podían tratar de hacer efectivas sus demandas y necesidades sociales. De esta manera se desvanecía la posibilidad de un consenso generalizado, como así también la de "institucionalizar el cambio" superando los conflictos a base de arreglos pacíficos y conciliación de intereses. La pugna conflictiva entre 'clases peligrosas' y 'clases amenazadas' volvía a cernirse como una sombra oscura sobre el desarrollo latinoamericano.

Para que el neutralismo cientificista sea posible se requieren ciertas condiciones y requisitos externos, que aquí ya se mencionaron, aunque de paso. Recordémoslos brevemente: un grado avanzado y bien consolidado de institucionalización autónoma de las ciencias sociales; la formación de una comunidad profesional con sus propios medios de comunicación; una tradición de respeto por el trabajo académico independiente; una actitud de indiferencia permisiva y limitadas demandas del orden hegemónico a las ciencias sociales; y, finalmente, una disposición conservadora predominante, disimulada a veces en la actitud distante de sus practicantes con respecto a los problemas sociales más apremiantes. Su mayor preocupación pública manifiesta suele consistir en la observancia de las reglas de juego y en no infringir los márgenes de tolerancia admitidos por el poder. Acaso esta última condición revista mayor importancia cuando está reforzada por una profesada indiferencia por los efectos inmediatos y prácticos, así como por la repercusión política de las ciencias sociales. Esto significa que se las considera inútiles para fines contingentes, y que las técnicas sociales derivadas

de ellas no constituyen efectos queridos ni buscados sino meras derivaciones fortuitas del conocimiento social. Por consiguiente, se piensa que las ciencias sociales carecen de la capacidad necesaria para orientar acciones sociales coherentes y viables y, además, que tampoco es deseable que la tengan. Parece estar fuera de duda que el neutralismo se afirma en la negación de esta posibilidad, o sea de que ellas puedan constituir un saber de orientación y, por eso mismo, ser una fuente de valores sociales e ideologías.

Este retraimiento —la anhelada 'torre de marfil' de muchos— sólo es posible, y limitadamente, cuando las tensiones sociales están contenidas o deprimidas, y la lucha por el poder no es pública ni trasciende más allá de limitados y bien circunscritos ambientes sociales y círculos de poder, cuyos participantes se mueven sigilosamente evitando con cuidado por lo tanto sacar a la superficie sus disputas. Tal situación sólo podría ser el resultado del predominio de un generalizado consenso tácito, aparentemente indiferente a las pugnas por el control del aparato gubernamental y la orientación de sus políticas. También suele ser la consecuencia —más frecuente, por cierto— de una apatía política de otra índole, esto es, de la que deriva de la represión que aplasta las tensiones conflictivas, sea *a posteriori* o *in statu nascendi*, esto último cuando su expresión pública ha sido acallada, o colectivamente sublimada en otros tipos de expresión social alienada.

De uno u otro modo, la participación social autónoma se encuentra externamente reprimida o psicológicamente inhibida. Se estrecha así el margen de posibilidades de 'problematizar la sociedad' mediante una crítica intelectual rigurosa; sin embargo, la afirmación anterior en modo alguno supone que la crítica desaparezca cuando se dan circunstan-

cias de carácter represivo. De hecho, pueden ocurrir una de estas dos cosas: o bien la crítica intelectual —menor por cierto que en otras coyunturas más estimulantes— se sumerge en el *underground* nacional y se expresa principalmente en el exterior, pretendiendo alcanzar de este modo un amplio público político, o bien se repliega a recónditos planos mentales por debajo del nivel de la conciencia y deja de expresarse públicamente, y para ello se recurre en cambio a formas indirectas y expresivas, tales como la literatura, el teatro, el cine y otras. También puede acontecer que los 'grupos pensantes' que están orgánicamente incrustados en el '*Establishment*' se dediquen a la elaboración metodológica y a problemas más abstractos o especializados que la crítica de la sociedad. Es esta una evasión menos cruenta aunque no por eso pierda su sentido conservador.

Si la conexión fluctuante de las ciencias con el curso histórico puede juzgarse positiva o negativamente, es una cuestión que depende de la posición que se adopte frente a diversas alternativas epistemo-

lógicas tanto como a preferencias ideológicas y valores personales, pues como es bien sabido, hay variadas y contrapuestas ideas al respecto. Para muchos, empero, lo que parece hoy en día indudable es el hecho del condicionamiento histórico de las ciencias sociales. Los esfuerzos positivistas para proyectarlas más allá de los límites de las contingencias sociales y las tendencias históricas han procurado universalizarlas, sea por el incremento de sus grados de abstracción y generalidad, los que han sido llevados a un nivel tal que su significado concreto ha quedado prácticamente eliminado, o cuando sus objetos de conocimiento se han especializado y minimizado a tal grado que pierden su significado de conjunto. En otras palabras, se ha logrado la autonomía de las ciencias sociales con respecto a la marcha de la realidad sólo cuando al mismo tiempo se han reducido al mínimo sus posibilidades de relevancia social, esto es, su capacidad para dar cuenta del sentido del movimiento y las transformaciones de sociedades particulares en momentos históricos definidos.

IV

El pasado latinoamericano reciente muestra que los mayores márgenes posibles de libertad intelectual se dieron cuando el orden hegemónico ha logrado estabilizarse sin retos que lo amenacen desde fuera y sin fisuras internas que conspiran contra su continuidad. Cuando a la consolidación del poder ha seguido la convicción de que nada podría socavarlo ni comprometería su futuro, los grados de permisividad intelectual y tolerancia fueron generalmente máximos, por lo menos en la tradición de las sociedades occidentales. En efecto, la libertad

académica no ha sido más que la otra cara de un poder casi incontestado.⁴ Empero, esos momentos en América Latina han sido breves cuando no casi efímeros.

El momento de menor cuestiona-

⁴ La burguesía capitalista inglesa de la era victoriana podía darse el lujo de acoger a un Marx proscrito y ofrecerle las facilidades de la biblioteca del British Museum para que escribiera la mayor crítica conocida contra la sociedad capitalista burguesa, en momentos en que ella, con éxito y sin preocuparse mayormente, construía el más grande imperio de toda la historia.

miento de las ciencias sociales en América Latina se registra cuando es más vigorosa la tendencia hacia su especialización, y cuando también son mayores las esperanzas puestas en la existencia de un impulso autónomo hacia el desarrollo económico y social. Este conjunto de condiciones corresponde en gran parte al mundo que surge en la posguerra y que despierta ilusiones utópicas cuya vigencia en la región se proyecta hasta bien avanzado el decenio de los años 50.

La concepción pragmática y neopositivista de las ciencias sociales ingresa entonces como componente de un 'paquete' cultural e ideológico que recibe una acogida generalizada y favorable. En él estaban contenidos el desarrollismo como una versión actualizada de la filosofía del progreso, la modernización centrada esencialmente en torno al racionalismo eficientista y al conocimiento especializado, y la doctrina de la *nation-building* como proceso que, con la guía y estímulo del desarrollo, inevitablemente desembocaría, al cabo de un cierto tiempo, en un Estado democrático al estilo occidental.

Todo esto llega en momentos en que se genera una gran confianza en el futuro, en la armonización de intereses y en el pluralismo ideológico, todo lo cual

indicaba la posibilidad de una marcha hacia horizontes abiertos, fundada en un presente que se percibía sin problemas que el desarrollo no estuviese capacitado de resolver; la superación del peso muerto de un pasado tradicional que el crecimiento autosostenido y armónico de la economía iría eliminando rápidamente, al mismo tiempo que aseguraría el logro de mayores niveles de bienestar en un porvenir próximo que se anticipaba como venturoso; la confianza en que la razón práctica, planeando los cambios y dinamismos de la economía y la sociedad y armonizando posibilidades con necesidades, haría factible la superación de las crisis económicas y los desajustes estructurales internos y externos, y daría por fin realidad al ideal de una sociedad gobernada por sabios omniscientes y benévolos, quienes, con el auxilio del conocimiento científico y de medios técnicos, serían capaces de dar a luz una verdadera edad de oro. Con algo de nostalgia y no poco de contricción cabe reconocer que éstas, por un momento verdaderas inconcusas, se encuentran ahora, apenas unos pocos años después, sometidas a un cuestionamiento total. En realidad poco queda en pie de esta visión 'panglossiana', tan cara a toda una generación de científicos sociales latinoamericanos.

V

La idea de crisis, tal como aquí se la concibe, comprende un espectro amplio que supone la existencia de un momento histórico en que el peso de las contradicciones sociales gravita de manera tan decisiva que perturba el funcionamiento de la sociedad y altera sus fundamentos estructurales. De este modo la crisis tien-

de a convertirse en una ruptura por lo menos en dos sentidos: por un lado, hay algo que termina y algo que comienza. De este modo la crisis es un momento de flexión entre dos tiempos históricos diferenciables, de una indecisión social caracterizada por una especie de punto muerto que se traduce en la incapacidad

del sistema de superar los conflictos derivados de sus contradicciones. Por otro lado, la crisis lleva consigo un estado de disociación que implica la pérdida de la noción de totalidad, sea ésta de una institución, una clase social, un Estado-nación o un orden internacional. La indecisión social que esto supone entraña una fragmentación de la realidad que deriva principalmente de esa naturaleza disociativa de las crisis, debida principalmente a la generación y acentuación de crecientes oposiciones conflictivas, que en todo caso se refuerzan por la pérdida de identificación con la unidad significativa considerada. La salida de la crisis implica necesariamente algún grado de recomposición de esa totalidad.

Llevado todo esto al terreno de las ciencias sociales se puede suponer que la diáspora disciplinaria constituye un momento esencial de una crisis de desagregación que avanza junto con la especialización y el metodologismo. El retorno a una temática fundamental y a la preocupación por la relevancia, pueden también encontrarse inmersos en la crisis pero lo están de una manera distinta ya que en ella suelen advertirse atisbos de una reacción positiva. En realidad, quienes se desplazan en el sentido de una salida sólo pueden hacerlo en la medida

que son conscientes de su existencia, y por serlo se colocan fuera y por encima de la crisis misma, esto es, en una posición que entraña algún modo de superación.

En términos más concretos, la crisis actual se caracteriza por: a) una quiebra progresiva e irreversible de los órdenes sociales y políticos derivados de la civilización industrial; b) una mayor confusión y ambigüedad de objetivos y valores; c) un debilitamiento considerable de la responsabilidad moral y del consenso espontáneo; por consiguiente de esto se sigue un incremento del disenso, la apatía, la alienación, y la represión consciente y social; d) el predominio y difusión de formas decadentes y sensualistas de vida, una de cuyas expresiones más tangibles es el consumismo; e) el cuestionamiento generalizado de la posibilidad futura del crecimiento económico indefinido; f) y, finalmente, por la declinante confianza en los modelos sociales vigentes y la ausencia de alternativas viables que los sustituyan. Más que de la supervivencia de órdenes sociales particulares, de lo que se trata es ni más ni menos que de una crisis de la civilización industrial y del impulso fáustico que la anima.

VI

Como puede suponerse fácilmente el debate con respecto a la conexión real e histórica de las ciencias sociales nunca ha dejado de ser controversial ni ha arribado a solución alguna satisfactoria y efectiva. Como tal no interesa aquí especialmente; sin embargo, importa destacar que esta relación no ha sido unívoca ni constante. Por el contrario, si se observa bien se

puede comprobar una especie de movimiento pendular de aproximación y alejamiento de la realidad con la gravitación, más o menos preponderante, de una u otra posición epistemológica, según las tendencias estructurales y la situación coyuntural. El contenido utópico e ideológico de las ciencias sociales ha experimentado una oscilación se-

mejante acorde con el tiempo histórico y las tensiones del cambio social.

Prestemos ahora alguna atención a este punto distinguiendo dos situaciones posibles. Cuando las circunstancias sociales revelan signos de crisis y estos son de tal índole que desorientan y confunden, la apelación a las ciencias sociales se establece como una conexión directa con la crisis misma. Proliferan entonces los llamados a una ciencia social integral—cuando no a la superación total de las opciones más limitadas del conocimiento social asumiéndolo desde una especie de Olimpo supradisciplinario— a la que se supone y atribuye la posibilidad de captar la totalidad de las conexiones más significativas del proceso calificado como crítico.

De esta comprensión intelectual, esperan unos salidas salvadoras para la continuidad del *statu quo*, mientras que otros, que lo cuestionan, desean obtener recetas revolucionarias útiles para acabar con él. De cualquier modo, cuando aparecen estas invocaciones predominan el disenso y la confrontación. Son generalmente épocas de conflictos abiertos, aunque a veces las discrepancias pueden quedar soterradas por un cierto tiempo ya

que durante el cual una fuerte represión impide que afloren a la superficie. La represión tecnocrática intenta negar la existencia de estas opciones conflictivas e impedir su debate.

El caso opuesto se presenta en épocas en que el progreso parece marchar solo, cuando no se supone ni se desea que los intelectuales puedan alterar la 'lógica de la historia' o los planificadores interferir en los sabios equilibrios logrados por la 'mano invisible' en la dinámica del mercado. En estas circunstancias es cuando se produce el auge de la especialización y del saber parcelario, que ganan fácil reconocimiento en una época de relativa apatía acerca de la importancia del conocimiento general. El trabajo intelectual se vuelve más académico y se cierra sobre sí mismo. El conocimiento se 'privatiza', confinándose en un diálogo conciliar centrado en el mundo de la comunidad profesional de los científicos sociales, que se toman así en el principal público y consumidor de la producción científica. En estos casos la comunidad académico-profesional dedicada a sus menesteres 'propios' vive una vida enajenada, apartada del mundo, de las tensiones y luchas de la arena política.

VII

Algunas consideraciones resultan todavía necesarias para poder especificar con más precisión las fuentes y naturaleza de los dinamismos que recorren actualmente las ciencias sociales latinoamericanas. Ellas se concentrarán en torno a un par de problemas que ocupan una posición central en los debates internos y en la dialéctica de su desarrollo. Estos problemas—aún a riesgo de esquematizarlos— serán

presentados como polarizaciones, a veces antinómicas.

En síntesis, el primero consiste en los ideales contrapuestos de integración—y acaso unidad— de las ciencias sociales, por un lado, y de especialización disciplinaria, por el otro. No menos persistente y gravitante es el segundo—ya tratado antes— pues está representado por las tensiones ideológicas y científicas que

parten de una oposición nunca resuelta entre explicación objetiva y predicación normativa; o en otras palabras, entre saber y doctrina. Por fin, no habría que olvidar que el juego entre estas oposiciones ha variado conforme a una dinámica interna a la que no ha sido ajena la transformación de la realidad social. Una y otra, de consuno, han definido el grado y clase de síntesis alcanzada por las ciencias sociales en cada momento histórico particular.

Prestemos atención brevemente a la discusión en torno al nunca renunciado ideal histórico de una ciencia social unificada contrapuesto a la tendencia real hacia la diáspora o dispersión disciplinaria. Aunque parezca paradójico —y en cierta medida lo es— ambos ideales han coexistido desde los orígenes mismos de las ciencias sociales sin que nunca haya sido posible lograr una síntesis satisfactoria del conocimiento social y sin que tampoco se haya llegado a la segregación completa de sus disciplinas. La coexistencia de ambas tendencias ha sido relativamente pacífica, pero no por eso ha desaparecido la contradicción que supone afirmar simultáneamente una y otra posibilidad.

Que la eventual unidad de las ciencias sociales conserva un considerable poder de apelación lo prueba el hecho de que cada tanto, como el Ave Fénix, renace de sus propias cenizas cuando se renuevan las demandas para lograr un conocimiento sintético capaz de asumir las complejidades de la vida social como una totalidad comprensiva e inteligible. Esta inquietud ha llegado a las propias Naciones Unidas, cuya declaración del Segundo Decenio de la Estrategia Internacional del Desarrollo preconiza la adopción de un "enfoque unificado" para el "desarrollo integral", preocupadas por captar en su totalidad el proceso de desarrollo

social luego de los reiterados fracasos de enfoques disciplinarios y sectoriales para generar estrategias y políticas conducentes a estilos más justos y equitativos de desarrollo.⁵

Del otro lado, y más de hecho que de principio, ha continuado sin cesar la multiplicación académica de nuevas disciplinas sociales, las que una vez que reciben el bautismo nominalista de su creación, procuran rápidamente delimitar su objeto de conocimiento, aislándolo de las pretensiones hegemónicas de sus congéneres. De este modo, surgen lenguajes accesibles sólo para iniciados, metodologías propias cada vez más 'sofisticadas' y herméticas, institucionalizaciones separadas tanto para la docencia (cátedras, departamentos, escuelas, facultades), como para la investigación (centros, institutos), todo lo cual sirve para reforzar su pretensión de monopolizar su territorio intelectual.

Para entender mejor el significado general del movimiento hacia la especialización como proceso parcial en la formación de un orden tecnocrático, quizá sea importante tener en cuenta para empezar el sentido multifacético de la noción de disciplina. Pocas palabras se utilizan arbitrariamente; en todas las que pertenecen a una misma familia conceptual puede encontrarse una comunidad básica de sentido. En este caso, una disciplina intelectual tiene por lo menos dos sentidos complementarios. Por un lado, se trata

⁵ Para una discusión reciente sobre estos problemas en el ámbito latinoamericano, pueden consultarse los siguientes trabajos: A. Pinto, "Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina"; M. Wolfe, "Enfoques del desarrollo: ¿De quién y hacia qué?"; y J. Graciarena, "Poder y estilos de desarrollo. Una perspectiva heterodoxa", los tres en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, primer semestre de 1976.

de un campo de conocimiento formado como desprendimiento de una ciencia social básica, que cubre un territorio intelectual, con límites más o menos definidos, y que se ajusta a un cuerpo de reglas metódicas que sus practicantes pretenden como propias y autónomas. En otros términos, en un saber ordenado, limitado y especializado, una rama del conocimiento social, con un objeto propio que tiende a autonomizarse y, por lo tanto, a aislarse de su contexto general de referencia concreta, así como del cuerpo de objetos de conocimiento del que procedía.

En el otro sentido, en modo alguno desvinculado del anterior, una disciplina puede ser considerada como un cuerpo de conocimientos con una lógica y un orden inherentes a los que cabe subordinarse para tener acceso a ellos. Literalmente, disciplina es el sometimiento a un orden externo que los sujetos pueden, aunque no necesariamente, interiorizar, aceptándolo y haciéndolo suyo. Este es el significado más específico que reviste la idea de disciplina en la enseñanza universitaria, donde el saber de cualquier tipo está ordenado como tales disciplinas, las que constituyen el principio clasificador básico del conocimiento en el mundo académico. Esto es, que la realidad y validez de las disciplinas está postulada en forma apriorística y casi como una petición de principio, lo que torna más lícito discutir su contenido que su naturaleza.

La disciplina en cuanto saber especializado ha adquirido el carácter de modelo predominante de conocimiento en el orden tecnocrático. Y esto es así acaso menos por su imposición autoritaria que por basarse en una división del trabajo científico que parte de la idea de que la verdad general no es posible, y acaso tampoco conveniente, y que la única ver-

dad legítima y pública es la que resulta de la fragmentación que impone la propia existencia de las disciplinas.

Ahora bien, un saber fragmentario es parcial en dos sentidos. En primer lugar, porque de hecho nunca se acumula e integra para recomponer la totalidad de la que forma parte; el propio florecimiento de la dispersión disciplinaria parte de la negación de esa posibilidad. Luego, porque la fragmentación, no tanto ya como división funcional del trabajo científico sino como perspectiva especializada para asumir la realidad, se basa en la dicotomización entre hechos y valores, ambos concebidos como entidades independientes. Ni más ni menos, se supone de partida que es posible disociar al acontecimiento de su sentido (o del que se le atribuye).

Y de eso es de lo que se trata. Un conocimiento especializado y parcial es necesariamente un conocimiento desmembrado y mutilado; y esto tanto con respecto al cuerpo general de ideas de las que procedía originariamente como de su objeto de conocimiento; y llevado al extremo puede conducir a la paradoja frecuentemente señalada de saber cada vez más sobre cada vez menos. Ante esta situación se ha asegurado reiteradamente que en el futuro, cuando la especialización del conocimiento empírico avance lo suficiente, se llevaría a cabo su integración teórica juntando los pedazos dispersos, aquí y allá, de sus investigaciones parciales. Este esfuerzo, hay que admitirlo, todavía no tuvo éxito, como así tampoco se han resuelto los problemas metodológicos preliminares sobre cómo armar el rompecabezas.

De todos modos, unas ciencias sociales escindidas que apuntan hacia un universo de conocimiento deliberadamente atomizado, que no logran ni intentan

explicar causal y prospectivamente los procesos globales de la sociedad, y que se preocupan por ser pragmáticas y neutrales, constituyen un instrumento de la mayor importancia para el funcionamiento y la legitimación de un orden social tecnocrático. Varias razones hay para que así sea: son fácilmente susceptibles de transformarse en técnicas sociales de alcance específico; se apartan intencionalmente de la lucha por el poder negándose a ser fuente de controversia y conflicto; y por fin al escindir los hechos de sus valores implícitos pretenden ponerse al margen de los procesos sociales de formación de valores, ideologías y utopías.

Por lo tanto, la conexión entre un conocimiento parcial y autorrestringido, con un poder tecnocrático y autoritario, sólo puede darse en desmedro del primero, esto es, convirtiendo al conocimiento en un medio auxiliar del poder. Es cierto que esto fue así en el pasado y durante mucho tiempo, pero las condiciones internas de la conexión y el tipo de conocimiento implicado (religioso en lugar de secular, totalizador y omnicomprendivo en vez de especializado y parcial), hicieron de ella algo que tenía un significado social muy distinto. Las condiciones actuales son tan diferentes que sería arbitraria cualquier comparación de este tipo con el pasado.

Un poder como el tecnocrático, que es monolítico por definición y que se ejerce autoritariamente, no es compatible con un conocimiento pluralista y abierto que ofrece opciones libres en lugar de imposiciones autoritarias. De allí que el poder tecnocrático sea intelectualmente represor porque necesita del conocimiento, de una ciencia 'oficial' para legitimar sus políticas.

Un mercado abierto de ideas y de alternativas de conocimiento para la acción no se compeadece con un mundo de políticas y estrategias que, para ser eficaces y viables, deben ser ante todo consistentes y excluyentes. Y de allí también que el conocimiento social especializado tenga que adoptar *malgré lui*, una postura dogmática porque sólo así puede ser al mismo tiempo fuente de verdad y de fe. La verdad económica no puede ser mediatizada por ninguna otra verdad ni juzgada con referencia a un marco distinto de aquel donde surgió. Si se señalara que el mercado está en realidad condicionado por factores institucionales, sociales y políticos, los economistas ortodoxos, aquellos que nutren el 'pensamiento oficial' de las tecnocracias, responderían que no son esas las legítimas reglas de juego. El mercado y su dinámica se juzgan sólo por su naturaleza propia, lo demás será sociologismo, politicismo, o — ¡por qué no! — ideologismo.

VIII

Un acontecimiento de singular trascendencia ha sido la importancia instrumental, y a través de ella, el poder que adquiere el conocimiento en las sociedades modernas. Y no sólo se alude con esto a las derivaciones técnicas del conocimiento sino también a sus proyecciones polí-

ticas e ideológicas; hoy en día es tal su influencia que penetra en todos los poros de la vida social. Vivimos una época regida por el conocimiento instrumental respaldado por el prestigio de la ciencia.⁶ El

⁶ El saber revelado, mágico y mítico, es un

problema de la relación entre conocimiento técnico y dominación, entre racionalidad pragmática, organización económica y estructuración del poder constituye un tema significativo en la reflexión y debate sobre las tendencias tecnocráticas del mundo contemporáneo.⁷

Entre los varios enfoques posibles para plantear la formación de este vínculo entre conocimiento social y poder tecnocrático, se considerará aquí con preferencia la reestructuración del poder en torno al Estado y a las organizaciones vinculadas al mismo. Su punto de partida es la concentración del poder en grandes organizaciones burocráticas que tienden a interrelacionarse cada vez más entre ellas. Veamos muy someramente cómo ocurre este proceso con referencia al conocimiento social. De la tecnificación creciente de la producción económica, con modificaciones considerables en la escala, naturaleza e integración de sus organizaciones productivas y patrones de división del trabajo, en el equipamiento y en la dependencia de la información y el control como fuentes esenciales de coordinación del proceso económico, se ha pasado a un curso en muchos sentidos similar que tiene como escenario la estructura y funciones del Estado. Las uni-

dades funcionales de las antiguas administraciones públicas de tipo burocrático experimentan un proceso de jerarquización en el que algunas de ellas ganan poder y autonomía relativa, basados en gran parte en la cuasi monopolización de fuentes racionales de conocimiento. En pocas palabras, las cúpulas burocráticas se tecnocratizan, lo que en alguna medida supone un nuevo tipo de configuración del poder fundado en el predominio de la razón técnica.

En este proceso de tecnocratización se hace difícil distinguir en realidad el sector público del privado. Tanto los peñales superiores de la administración del Estado, de las fuerzas armadas, como los de las empresas productoras públicas y privadas, experimentan una profunda transformación en sus sistemas de decisión y en el alcance e interdependencia de las resoluciones que adoptan, no menos significativa que en el entrecruzamiento de sus actividades, personal e intereses. Todos dependen del conocimiento de las situaciones relevantes y de la disposición oportuna de la información apropiada. El poder en el orden tecnocrático está formado por un conglomerado de aparatos cuyos bastiones están constituidos por el Estado, las instituciones militares y las grandes empresas, y entre ellas, particularmente las corporaciones transnacionales.

saber de subordinación y sometimiento a instancias trascendentes y a determinantes cuya naturaleza escapa al control de la razón; en cambio, el saber científico y técnico tiene otro carácter, pretende ser afirmación y dominio sobre la realidad y, por eso mismo, es el saber predominante en el mundo fáustico de la civilización industrial.

⁷ Como habrá podido advertirse, la idea de *tecnocracia* aparece aquí concebida en términos más bien latos; en lo que sigue, se tratará de precisar más el sentido que aquí se le atribuye.

Sin embargo, las relaciones entre estos diversos aparatos están lejos de ser armónicas y fáciles, como tampoco lo son las que se entablan entre los mandos políticos y los altos cuadros técnicos, que controlan gran parte de la información. En general, la clase política profesional tiene una gravitación declinante, lo cual explica que no pocos de sus líderes tiendan a presentarse con una imagen de técnicos, o sea de hombres realistas y

pragmáticos, con conocimiento práctico y capacidad organizativa y ejecutiva.⁸

Esta transición hacia la conversión de la política en un asunto técnico no podía menos que ocurrir de este modo cuando se rinde tanta pleitesía a la verdad del conocimiento técnico y se profesa el culto de su infalibilidad. Esto en modo alguno supone la afirmación de que sean los técnicos quienes manden ni que se constituyan en la corporización del poder. Lo que se postula es el hecho de que la autoridad política asume externamente formas técnicas y se expresa a través de ellas, y que quienes la ejercen se definen asimismo como personas con competencia técnica aunque no todos la tengan. En estas condiciones se produce una mitificación del conocimiento técnico, el que es convertido en una idea-fuerza que impulsa la doctrina del eficientismo como un ideal social, y a la racionalidad planificadora como un requisito instrumental básico para su logro. En política, el corporativismo constituye el régimen que mejor refleja y se adapta a la lógica de un orden tecnocrático.

Cualquiera sea la situación concreta,

la especificidad del poder tecnocrático deriva del monopolio del conocimiento práctico que pretende, y que en gran parte consigue, lo que le otorga una gran capacidad para organizar, 'manipular', controlar, así como para imponer sus fines. Y esto ha sido posible con el auxilio de la ciencia, que de este modo se ha convertido en una fuente de legitimidad tecnocrática y en un instrumento de su poder. Se apela a ella tanto como un medio racionalizador de la realidad y de los procesos deliberados mediante los cuales se intenta arribar a ciertas metas planificadas, cuanto como una fuente de insumos para definir objetivos políticos. Este último aspecto es enfáticamente rechazado por sus practicantes más ortodoxos, pero aun así no es menos cierto, aunque los fundamentos reales de las decisiones no procedan estrictamente de la ciencia. Lo que en realidad cuenta, en lo que se refiere a la racionalidad instrumental, es que los diversos aparatos de poder del orden tecnocrático puedan invocarla justificadamente como última *ratio* legitimadora.

IX

Una perspectiva complementaria de la anterior puede encontrarse en el derrotero tomado por las ciencias sociales en el pasado reciente y las proyecciones que, en ese lapso, adquiere el conocimiento

⁸ Algo diferente suele ocurrir cuando existe un régimen político de partidos, donde los líderes de los aparatos tecnocráticos, o sus representantes, se 'politizan' asumiendo papeles políticos y actuando en los cuerpos políticos representativos, sin perder por eso su condición de tecnócratas.

social en un contexto histórico profundamente transformado. Liberadas a su suerte puesto que casi nadie las tomaba seriamente en cuenta como fuentes de poder, las ciencias sociales gozaron durante un tiempo prolongado de considerable autonomía y de suficientes grados de libertad como para desarrollarse sin restricciones represivas. Dentro y fuera de los recintos académicos se produjo un momento tal de florecimiento intelectual, que la creatividad y originalidad de ese período no fue superada por lo

hecho antes ni tampoco por lo que después se hizo. En términos generales puede afirmarse que este momento de fundación y consolidación registrado a lo largo del siglo XIX, concluye con el advenimiento del fascismo y la tecnocratización del poder, en los años que median entre las dos grandes guerras mundiales. Durante ese lapso los altos círculos del *Establishment* fascista comenzaron, por un lado, a descubrir la importancia política del conocimiento y, por el otro, la necesidad de contar con la alianza de los medios científicos. Una ciencia oficial que al mismo tiempo que nutre convalida las políticas del poder, legitimando los medios y objetivos de la acción del Estado, se vuelve una necesidad imperativa en el caso de los países totalitarios. Su monolitismo ideológico se impone también a la ciencia, y del mismo modo que allí hay sólo un partido y una ideología oficiales, también ocurre lo propio con la ciencia, que así se convierte en ciencia oficial.

Aunque en menor grado, y con mayor retraso, se registra un proceso parecido en los países capitalistas democráticos donde, sin llegar a establecer una ciencia oficial, surgen condiciones tales que implican preferencias, facilidades, financiamientos, prestigios diferenciales, y otras formas, sutiles y muchas veces encubiertas, de reconocimiento y recompensa, o de rechazo y castigo, de unas u otras corrientes y escuelas científicas. De este modo se pone en funcionamiento un proceso de selección social que privilegia ciertos problemas y formas de trabajo científico en detrimento de otros.

Esta selectividad ha sido más perceptible en las ciencias sociales que en las naturales, y esto tanto por su conexión ideológica inmediata como por el hecho de que el conocimiento social adquirió una importancia singular en las políticas

y decisiones planificadas del mundo tecnocrático.

Estas tendencias siguieron su marcha ascendente, y con ella se inicia el ocaso de la concepción epistemológica que veía como *desiderátum* de las ciencias sociales su refugio en instituciones académicas independientes y su repliegue platónico y autoindulgente en un saber puro y abstracto, ajeno a los avatares conflictivos de la vida social y de las pugnas por el poder.

Sobre estas bases se produce la tecnocratización del poder del Estado. La razón técnica se convierte en el fundamento del eficientismo, el que se torna en el principal criterio de validez. Como doctrina, el eficientismo depende de la instrumentalización del conocimiento, de su conversión técnica, lo que posibilita su empleo como herramienta para el dominio de la naturaleza y también de la sociedad.

Cuando se dieron estas condiciones la neutralidad institucionalizada del conocimiento ya no era posible, porque en rigor el poder tecnocrático no podía prescindir de un recurso tan valioso. Por eso su desarrollo mal podía ser dejado al acaso de sus propias reglas como así tampoco de las iniciativas y la mística de sus iniciados y practicantes.

En otras palabras, la ciencia moderna, al tornarse la principal fuente de innovaciones técnicas y de elementos para la formación de ideologías y utopías, y al convertirse por consiguiente en un recurso de primera categoría para la vigencia de un orden tecnocrático, ha perdido casi toda posibilidad de aislarse para gobernarse por sus propias reglas y ajustarse a cualquier clase de fines.

Este ya ha dejado de ser un problema exclusivo para epistemólogos y filósofos, como lo fue cuando disputaban acerbamente entre ellos sobre cómo era o cómo

debía ser una ciencia independiente. Más que eso —que en la actualidad parece ya un debate en cierto sentido irrelevante— lo que ahora realmente se disputa es qué clase de opción política se adopta, porque el compromiso con la realidad ya está supuesto en la propia organización del quehacer científico.

Bajo la égida del orden tecnocrático, las ciencias sociales que constituyen sus fundamentos intelectuales y lo nutren con las técnicas necesarias, o sea que conforman una parte orgánica del propio orden al que de hecho respaldan o legitiman, presentan algunos rasgos que se corresponden estrechamente con la naturaleza de su posición estructural. Detengámonos un momento sobre algunos de los más significativos: la especialización temática adopta cada vez más características pragmáticas e instrumentales; la preferencia creciente por una metodología cuantitativa y por la formulación matemática de los problemas —cuyos símbolos más evidentes son el computador y la informática— han derivado hacia un ‘encapsulamiento’ formalista y un aislamiento disciplinario considerable; el lenguaje que se ha tornado hermético y no público, y por tanto intraducible para la sociedad no especializada; el empobrecimiento de los problemas se traduce indirectamente en la preocupación metodologista, que paradójicamente se ha convertido en el saber que más gravita en ciertos medios académicos. Empleando otros términos, podría decirse que lo que

se confronta es el fundamentalismo de una pasada época crítica con el presente de un barroquismo metodologista, donde predominan temas socialmente irrelevantes y el tratamiento de problemas críticos, pero esto último sin crítica a la sociedad y tampoco sin referencia alguna a sus causas. De ahí la reciente crítica epistemológica que rechaza toda posibilidad de establecer conexiones causales, hablando en cambio sólo de relaciones probabilísticas.

En la concepción tecnocrática de las ciencias sociales no caben la competencia ni el debate intelectual; de ahí la persecución de las concepciones críticas. Se inicia de este modo un juego dialéctico donde la represión se expande como un mecanismo defensivo, mientras que la crítica crece como una réplica a la represión y se empeña en desenmascararla. Al mismo tiempo que la concepción tecnocrática intenta crear una entidad abstracta que es su concepción de las ciencias sociales, fragmenta al hombre y lo aliena considerándolo aisladamente como científico, intelectual, ideólogo y ciudadano. Esta separación del hombre-científico de su actividad-científica constituye un acto arbitrario que presupone que el compromiso con la ciencia —que es un producto social— no implica su compromiso social como científico. Este problema, epistemológicamente muy elaborado, se torna paradójico en cuanto se lo asume desde el ángulo de su naturaleza social y del presente histórico.

X

La universidad tradicional ha experimentado ciertas transformaciones en su estructura y funciones específicas y sociales, las que en modo alguno son ajenas a

los problemas antes tratados. En un orden social tecnocrático la universidad clásica deja de ser lo que fue, esto es, pierde en gran parte su posición desco-

llante como núcleo del saber secular y fuente de jerarquías sociales, y en consecuencia, la formación de élites se desplaza fuera de las universidades de masas y aún fuera de todo el sistema universitario, mientras que el conocimiento socialmente relevante ya no surge de su seno. Bajo el control de los aparatos tecnocráticos, toda una red de nuevas instituciones públicas y privadas se encarga de formar los candidatos para los cuadros superiores de las organizaciones que producen y controlan gran parte del conocimiento técnico-científico, en tanto que a las universidades se les ha reservado la formación profesional masiva del 'capital humano' de nivel medio y alto necesario para el crecimiento económico.

Al mismo tiempo que se redujo la importancia de su contribución a la generación de nuevos conocimientos, su influencia intelectual e ideológica sobre la política y la sociedad disminuyeron considerablemente. Otros medios, tales como institutos privados o públicos altamente selectivos y de poca visibilidad social, academias militares, centros de investigación organizados como empresas o fundaciones de bien público, organismos del gobierno, tienen ahora a su cargo la elaboración del pensamiento oficial tecnocrático, trátese del planeamiento del presente o de la previsión anticipatoria del futuro. En ellos, y en interés del *Establishment*, se definen los temas más relevantes y se ejecutan sus proyectos más reservados. Las opciones de cambio son controladas y cuidadosamente sopesadas, de modo que las transformaciones no se disparen en direcciones indeseables. Las personas que se entrenan y actúan en esos ambientes son prolijamente examinadas y luego, cuando el balance resulta favorable, son cooptadas teniendo en cuenta sobre todo su fidelidad al orden tecnocrático.

Privadas en gran parte de sus anteriores funciones de formación de élites, las universidades han sido confinadas a posiciones que están por debajo y generalmente fuera de los círculos internos del poder tecnocrático. De ahí que sus movimientos estudiantiles los desafíen, cuestionándolo como 'outsider'. Y esto puede advertirse más claramente en el hecho de que las rebeliones estudiantiles latinoamericanas se han tornado cada vez más frecuentes y violentas en las universidades de provincia, donde es más evidente su postergación y exclusión de las posiciones centrales de comando de la sociedad. En estas condiciones, los movimientos estudiantiles tienden a adoptar en forma creciente las características de reivindicación de ciertos sectores y clases sociales que, en gran medida, fueron excluidos del Paraíso, luego de haber morado en él.

En la era de la universidad de masas, sólo unos pocos de entre ellos serán elegidos y esto ocurrirá únicamente cuando hayan ofrecido suficientes pruebas de su identificación con el sistema, lo cual significa negar su pasado 'contestatario'.

El pasaje de una posición a la otra está incuestionablemente cargada de tensiones, las que son vividas con anticipación y que acaso constituyen el meollo de los conflictos en gran medida inéditos que ahora se plantean en las universidades masivas, cuando éstos han dejado de ser los ambientes naturales de formación de élites. El conflicto estudiantil con el orden tecnocrático está sublimado tanto que la confrontación casi se ha polarizado. En efecto, en contra del hermético orden tecnocrático los estudiantes esgrimen posiciones ideológicas cargadas de elementos anárquicos e irracionales, y una rebelión cultural antiburocrática 'a la China', que es naturalmente la antíte-

sis del orden tecnocrático en tanto culminación de un proceso de burocratización racionalista.

En sus versiones extremas, la contestación juvenil y estudiantil, muy superpuestas ambas, adoptan formas de retraimiento social, como en los movimientos 'hippies', que niegan las ventajas de la civilización industrial y proponen formas de vida más ajustadas 'a la naturaleza'.

La atracción del retorno a estilos más austeros de vida y en contacto armónico con el mundo natural, son hoy fuerzas mayores que trascienden el marco de las negaciones juveniles y de las luchas estudiantiles, y constituyen fuertes movimientos de rechazo de la presente civilización industrial, consumista y depredatoria, estrechamente vinculada al orden tecnocrático.

XI

Hacia fines de los años 50 algunos autores norteamericanos anunciaron alborozados el ingreso a la era del 'fin de las ideologías'; esto suponía que habrían desaparecido las constelaciones de valores y conocimientos generados por la situación de clase y por las luchas y conflictos interclases. De esta manera el conocimiento social se liberaría por fin del efecto distorsionador introducido por las ideologías, y las ciencias sociales podrían cumplir cabalmente sus funciones como productoras de un conocimiento neutro y objetivo. En otras palabras, de ahora en más su repercusión social sería técnica y no ideológica.

El ideal de unas ciencias sociales asépticas sin compromisos con el mundo de los hombres, había llegado a su apogeo; despojado ya del mito y la revelación, el conocimiento quedaba librado ahora de su último constreñimiento, que había sido la ideología. El momento parecía propicio para cantar un aleluya anunciando el reino de Dios sobre la tierra.

En lo sucesivo la única utopía sería la tecnocrática. Preparada por expertos y planificada por técnicos avezados, la transformación de la sociedad y el ordenamiento del mundo hacia un futuro

lleno de promesas se lograría mediante el conocimiento práctico, el compromiso flexible y el acuerdo de partes, así como con el predominio de un consenso perpetuo basado en la comprensión recíproca, y la institucionalización del cambio como llave maestra para la resolución de conflictos. Del utopismo profético del pasado se pasaba rápidamente al utopismo científico de los futurólogos. De pronto, el mundo del futuro podría ser predecido y la planificación aseguraría una marcha bien sincronizada, sin altibajos ni conflictos innecesarios para la consagración universal de la utopía consumista bajo un orden tecnocrático.

El éxtasis milenarista puesto en la superación de las ideologías fue, sin embargo, más breve de lo que muchos suponían y deseaban. El retorno a las confrontaciones clasistas y a la politización de las diferencias y conflictos sociales se hizo sentir de nuevo en muchos planos, sean éstos nacionales e internacionales. Pocos años después, una serie de conflictos universitarios y movimientos juveniles conmovieron a la mayoría de los países capitalistas desarrollados. El desplazamiento de las guerras 'fría' y 'caliente' hacia la periferia subdesarrollada, como así reacciones diversas contra

la dependencia y las políticas discriminatorias crearon condiciones que estimularon la organización de bloques de países subdesarrollados a escala regional y mundial, que confluyeron hacia la formación del movimiento internacional del Tercer Mundo. En otros casos, y siguiendo esta misma línea, países exportadores de algunos productos básicos se unieron para defender sus intereses comunes en la arena internacional.

Estas demandas reivindicatorias parecían alarmantes y a esto se agregó una creciente preocupación por el futuro del mundo. Los problemas que se iban identificando —algunos de ellos completamente inéditos en la historia humana— resultaban ser de tal índole que ciertas personas comenzaron a pensar que su resolución era incompatible con la persistencia de los rasgos centrales del mundo actual, esto es, con la realidad de un estilo de vida consumista que destruye el medio ambiente natural y se asienta sobre unas relaciones internacionales depredatorias en perjuicio de la mayoría de sus habitantes y países, y sobre un crecimiento ilimitado de la producción económica; todo esto unido a una expansión poblacional que amenaza desbordar las instituciones sociales y los asentamientos humanos. La naturaleza y envergadura de estos problemas hicieron dudar acerca de la posibilidad de resolverlos sin conflictos generalizados, es decir, apelando solamente a los recursos conciliatorios de la negociación y dentro del marco de la estratificación actual del orden internacional, o sea, respetando la posición hegemónica de los países centrales y su derecho a conservar sus inmensas ventajas relativas en cuanto a niveles de vida y consumo de recursos naturales.

En América Latina, el clima social e intelectual es entonces más bien de con-

frontación ideológica, lo que repercute con fuerza sobre las ciencias sociales. De Cuba (1960) a Santo Domingo (1965) cambian los parámetros históricos de la reflexión social. Se produce una efervescencia intelectual y política que influye considerablemente sobre las nuevas generaciones de científicos sociales y universitarios, tanto que su crítica intelectual e ideológica contra el 'escapismo' académica o el compromiso encubierto en la negación de los conflictos sociales, adquieren una fuerza tal que se impone sobre las direcciones predominantes y todavía influyentes en la concepción de las ciencias sociales. Diversas variedades marxistas ganan terreno académicamente, y gozan, entre docentes y dicentes, de un reconocimiento sin precedentes regionales.

Desde éstas y desde otras posiciones se cuestiona la vigencia de las ciencias sociales, tal como las concibe el neopositivismo. El momento histórico es de compromiso militante y en el proceso el cientista social no podrá ser sólo un mero observador sino que deberá convertirse en testigo atento y sensible al curso de los acontecimientos, cuando no transformarse —como lo proponen los más radicales— directamente en un militante que emplea la ciencia como un recurso ideológico y político. Sin embargo, son pocos y escasamente relevantes los que adoptan esta posición extrema. Los más, si bien piensan que las ciencias sociales no pueden apartarse de la crítica de la realidad, creen que su función principal sigue siendo el conocimiento; pero también la concepción de éste ha cambiado. Ahora la búsqueda del conocimiento exige adentrarse en la realidad penetrando hasta la médula de sus problemas y contradicciones más relevantes: el marginalismo, la dependencia, la alienación y la lucha de clases, son los temas domi-

nantes en los momentos iniciales de estos cuestionamientos. Más tarde se agregarán otros como el Estado y las nuevas formas de poder, las tecnoburocracias y sus alianzas, la dominación económica y la influencia política de las corporaciones transnacionales, la distribución del ingreso y la equidad social, que son problemas que traducen algunos de los más destacados rasgos de las sociedades latinoamericanas en sus configuraciones internas y relaciones externas.

Que esta selección de problemas y perspectivas de análisis haya sido acertada o no, esto es, que haya logrado una correspondencia satisfactoria con las aspiraciones y pretensiones de quienes se las plantearon, es una cuestión de una gran importancia pero ajena a la órbita de este trabajo. Por lo demás, cualquiera fuera el sentido de la respuesta no alteraría el alcance de lo señalado. Porque lo que aquí cuenta principalmente es la

existencia de la preocupación misma, o sea de la motivación dominante en ese momento por lograr un conocimiento significativo para la transformación de la realidad social. Y así fueron muchos los convencidos de que la vía de la futura sociedad, de la utopía realizada, pasaba en gran parte por un tipo distinto de conocimiento social, que era más bien sentido que concebido, porque nunca se llegó a una formulación clara y explícita de sus fundamentos epistemológicos y sus recursos metodológicos no obstante algunos considerables esfuerzos hechos en esa dirección. Con la perspectiva que da el tiempo parece lícito pensar que esta insuficiencia no restó fuerzas iniciales a este impulso voluntarista, aunque más tarde tuvo cierta importancia en el aplacamiento de los ánimos enfervorizados de quienes en su momento fueron ganados por estas convicciones.

XII

¿Cuál ha sido la contribución de las ciencias sociales latinoamericanas a la generación de un pensamiento social concreto, esto es, de ideologías realistas y viables no menos que de utopías orientadoras, tanto en el sentido de asegurar la continuidad del *statu quo* como de sustituirlo por nuevas concepciones de la vida social? No sería fácil ni correspondería aquí dar una respuesta puntual y precisa a esta cuestión, sin duda fundamental, para evaluar la importancia de las ciencias sociales. Empero, hay indicios de que esta contribución no estuvo ausente cuando diversos tipos de actores (grupos, sectores, clases) definieron sus objetivos, elaboraron estrategias y escogieron vías

de acción. Baste recordar al respecto la importancia de la 'doctrina de la CEPAL' sobre el curso que siguió el desarrollo latinoamericano de los años 50, y la influencia, si bien de otro signo, de las teorías monetaristas y del pensamiento político conservador y autoritario en la estructuración de varios órdenes tecnocráticos desde fines de los años 60.

Una revisión más puntual de la temática predominante en las ciencias sociales latinoamericanas durante el último cuarto de siglo, podría ofrecer algunos elementos de indudable interés en el marco de los problemas aquí tratados. Por el momento sólo es posible un repaso general de menor alcance y pretensión. Desde

los años 50 los temas de mayor entidad e investigados con mayor frecuencia fueron, indudablemente, los relativos al desarrollo nacional, o sea, en economía el estudio del crecimiento productivo, en sociología la formación de sociedades nacionales modernizadas, y en ciencia política el desarrollo político y las transformaciones del Estado.

Estos temas comprensivos aparecen temporal y causalmente intervencidos en una sucesión histórica donde —tal como la concebían los principales teorizadores de la época— el esfuerzo para el logro del crecimiento económico enfrenta obstáculos y resistencias sociales que sólo son definitivamente superados cuando se moviliza el desarrollo político hacia un Estado democrático. Para evitar las complejidades de la atribución causal, algunos consideraban que cuando mucho existen asincronías transitorias en un movimiento pese a todo consistente, que se desplaza hacia una convergencia final —en una utopía de corte liberal y con ciertas reminiscencias de la filosofía del progreso— donde se armonizan el crecimiento productivo, la justicia social y la democracia política.

Estos problemas que ocupaban la atención de los científicos sociales de aquellos años no surgían sólo de su imaginación sino que se encontraban fuertemente arraigados en la realidad de ese momento histórico. En verdad, se correspondían muy de cerca con el estilo de desarrollo capitalista que entonces se estaba poniendo en práctica, con un amplio consenso político interno y el decidido apoyo externo de los Estados Unidos.

Esta coincidencia entre temática científica y realidad social parecía surgir de la naturaleza misma de las cosas, tanto que muchos pensaron que no había en ella nada incompatible con los cánones

neopositivistas, que afirmaban imperativamente la autonomía y neutralidad como requisitos fundamentales de la práctica científica. Más aún, existía la convicción generalizada de que ese ideal se estaba realizando y que por lo tanto no había dependencia ideológica alguna entre la manera como estaban concebidas y lo que hacían las ciencias sociales, por un lado, y el curso que seguían los acontecimientos sociales e históricos, por el otro.

Hacia comienzos de los años 60, con la revolución cubana y otros acontecimientos, se abrió una fase de duro cuestionamiento de las tendencias en boga, que ha sido denominada 'crisis del desarrollismo', la que se caracterizó por una crítica muchas veces militante y radical del modelo de desarrollo vigente; ella partía de posiciones fuertemente influidas por el marxismo, y traía consigo tanto el retorno a perspectivas historicistas⁹ como la negación del predominio de la concepción vigente de las ciencias sociales. Lo que se proponía, en cambio, era una mayor participación en la realidad y el compromiso con fuerzas sociales generalmente opositoras cuando no 'contestatarias' del estilo capitalista democrático de participación limitada, que por ese entonces había entrado en crisis.

La crítica más radical que sigue tendió a concentrarse alrededor de dos posi-

⁹ Por esos años y por vertientes diversas, las ciencias sociales, principalmente la sociología y la ciencia política, se vuelcan hacia la historia, tanto que a veces se confunden con la historia social y la historia política. Esta tendencia a historicizarse se produce sin abandono por cierto de sus preocupaciones por las interpretaciones críticas. Desde el otro extremo, y en el mismo sentido, la historia misma se vuelve crítica y asume posturas y problemas que la aproximan a aquellas ciencias sociales, las que a su vez tienen sobre ella considerable influencia.

ciones vinculadas: el marginalismo social en lo interno y la dependencia externa. Su vigencia entre las nuevas generaciones de sociólogos y científicos políticos, sean éstos profesionales académicos o estudiantes, llegó a ser verdaderamente impresionante, tanto que estar 'al día' suponía manejar con facilidad sus fuentes y problemas. No obstante la intensa atracción que produjeron, y la profusa y por momentos contradictoria literatura que surgió con relación a ellas, lo cierto es que ninguna de ambas cuestiones —y menos aun el conjunto de las mismas— fue integrada en un cuerpo teórico coherente. Años más tarde, algunos de sus más empeñosos y lúcidos impulsores iniciales admitieron esta limitación.

Una preocupación conexas fue identificar, en unos casos, los posibles agentes de cambio y modernización, o en otros, los presuntos actores revolucionarios. Los estudiantes, los campesinos, los militares, los obreros, los intelectuales, los empresarios, los políticos, la clase media y algunos otros fueron objeto de atención en el contexto de la preocupación dominante por la transformación modernizadora y la revolución del desarrollo. Por supuesto que las concepciones diferían unas de otras y también los intereses puestos en juego; sin embargo, existía un foco de atención común puesto en las expectativas de cambio. Este podía ser definido en un sentido como un proceso de transición pacífica hacia la modernización, mediante la planificación y la institucionalización del conflicto, mientras que en otro se indagaban especialmente los puntos de ruptura y discontinuidad del estilo de desarrollo y del orden social vigentes. La inestabilidad política, los movimientos populistas, el colonialismo interno y el marginalismo, las reformas y rebeliones agrarias, los movimientos campesinos, la dependencia

externa y el imperialismo, entre varios otros, eran algunos de los tópicos que despertaban mayor interés.¹⁰

Más recientemente se ha producido un desplazamiento del énfasis, el que se concentra en la estructuración del poder político en el Estado, las tecnoburocracias, las políticas públicas, el autoritarismo, la participación política de las fuerzas armadas, las tendencias represivas y la declinación de la democracia política, las corporaciones transnacionales, las economías nacionales y las relaciones económicas y políticas internacionales. Es frecuente que estos temas aparezcan vinculados puesto que por lo general son concebidos como elementos fundamentales del sistema hegemónico nacional e internacional, así como de las acciones y políticas que, desde sus centros de decisión, se llevan a cabo.

La sensibilidad hacia los problemas y contradicciones fundamentales de la sociedad se ha mantenido intensa, sólo que ahora puede advertirse una actitud más madura y responsable en lo que se refiere a las posibilidades de las ciencias sociales, a las que ya no se supone como el *deus ex machina* de la revolución transformadora y del advenimiento de la más feliz de las utopías. Esta mayor solidez y este menor voluntarismo omnipotente son perceptibles en la relevancia de los problemas considerados, en el menor 'chauvinismo' con que se analizan los modelos intelectuales y sus posibilidades heurísticas, en el uso de una mayor variedad de metodologías y fuentes de información. Las relaciones laterales entre las disciplinas no son menores y se conserva un alto grado de conciencia de la importancia de planteos de problemas más comprensivos, necesarios para captar totalidades significativas. La preocupación

¹⁰ Cf. A.E. Solari y otros, *op. cit.*, *passim*.

por la relevancia sigue siendo central, y la selección de los temas y problemas responde como siempre a una variedad de incitaciones, entre las que se encuentran diagnósticos más realistas y fundamentados.

XIII

Dada la perspectiva de los problemas aquí tratados puede considerarse que las ciencias sociales contribuyen en general a tres objetivos fundamentales para la sociedad. El primero —y el más directo y visible— es el aumento y profundización del conocimiento social; luego, la elaboración de técnicas sociales que sirven para diversos fines pragmáticos; y finalmente, se encuentra el aspecto más indirecto aunque no por eso menos relevante, contribuir a la definición de metas sociales y de modelos societales, presentes y futuros, así como el aporte muy relacionado de la formación de valores e ideologías. Estas contribuciones se producen en grados diversos, según las circunstancias históricas y, quiéranlo o no quienes las practican, y esto aunque alguna de ellas no figure entre sus propósitos conscientes y manifiestos o aun cuando se empeñen en no producirlos. Como es obvio esto que se afirma corresponde más a los efectos y proyecciones reales de las ciencias sociales que a los propósitos de sus actores.

Si se toma como punto de partida la variable contribución de las ciencias sociales a estos diversos objetivos, y se establece una relación significativa con los rasgos y tendencias históricas predominantes en el presente latinoamericano, se entrevén dos opciones contrapuestas en cuanto al papel de las ciencias sociales y a sus responsabilidades como tales frente a la sociedad. A la primera la denominaremos opción tecnocrática y a la segunda opción crítica. Es obvio que se trata sim-

plemente de construcciones típicas y esquematizadas, que idealizan tendencias reales que nunca son tan netas ni cerradas como aquí se las presenta. Para entender el sentido de dichas opciones en el marco de estas notas, es necesario tenerlas en cuenta principalmente por lo que en ellas se destaca, o sea por su foco de atención y su función principal. En la opción tecnocrática, lo que la identifica es su énfasis puesto en la función instrumental; en cambio, en la crítica, su preocupación por cuestionar y evaluar la realidad presente y sus posibilidades futuras.

La opción *tecnocrática* podría plantearse a partir de unas preguntas muy amplias: ¿Qué tipo de ciencia social, qué cuestiones y temas, qué clase de abordaje metodológico y cuáles resultados son más relevantes para una tecnocracia? Como es evidente, se parte aquí del supuesto de la subordinación del conocimiento social al orden tecnocrático, subordinación que es, más que todo, el efecto de la mimetización que experimentan las ciencias sociales cuando pasan ellas mismas a integrar el orden tecnocrático. En otros términos, su tecnocratización ocurre cuando de partida aceptan los valores fundamentales del orden tecnocrático, y se identifican con ellos a tal punto que los convierten en parte esencial de su propia naturaleza. Así, las ciencias sociales pasan a ser un componente de primordial importancia en el *Establishment* tecnocrático.

En la concepción tecnocrática de las

ciencias sociales se hace hincapié en la producción de técnicas sociales; necesitan una gran variedad de ellas, desde las macrosociales hasta las más específicas. En general, su orientación es pragmática y realista, y por lo tanto se ocupan de problemas prácticos, fragmentarios, especializados, sectoriales, que hacen posible la formulación de políticas definidas y la organización y aplicación de planes. El conocimiento pragmático es algo así como la argamasa de las políticas tecnocráticas, y esto no sólo por el problema de cómo alcanzar sus metas sino también por la justificación que brindan a sus pretensiones de legitimidad. La ideología tecnocrática se basa en la apología del conocimiento pragmático y técnico, mientras que el poder tecnocrático se funda en sus posibilidades de monopolizarlo.

En suma, las ciencias sociales se convierten en un elemento orgánico del poder tecnocrático y mantienen una existencia pacífica y sin conflictos en tanto no se aparten de su línea, es decir, mientras no cuestionen la justicia de su naturaleza y la de sus políticas.

Es ésta una línea de desarrollo que se puede adoptar sin altos costos ni riesgos innecesarios. Sin embargo, no deja de presentar algunos problemas que, aunque no es el caso tratar aquí, por lo menos cabe mencionar. Sucintamente se podría plantear en estos términos el problema principal: ¿qué pasará en el futuro con las ciencias sociales si son apenas algo poco más que componentes orgánicos del poder a cuyas demandas responden sólo como reacción? En estas condiciones, ¿qué restará de las ciencias sociales como productoras de un saber crítico, siempre renovado y necesario, que continuamente somete a revisión sus conocimientos y los desecha cuando no responden adecuadamente a la prueba de su

criterio de verdad? ¿Podrán las ciencias sociales tecnocráticas conservar la autonomía suficiente como para superar la barrera que significan los constreñimientos del poder cuando ha asimilado como propios algunos de sus elementos ideológicos esenciales y cuando sus prácticas más prominentes han sido cooptados y atraídos por sus privilegios y canchales?

La opción crítica, por su parte, al elaborar su concepción de las ciencias sociales pone el acento sobre otros aspectos, que no son en modo alguno ajenos a la concepción epistemológica de la ciencia, sólo que ellos han sido menos destacados en su práctica científica. Un punto central consiste en su concepción de la ciencia como un saber crítico que revisa continuamente su conocimiento partiendo del *a priori* de que su verdad es siempre provisional, y por lo tanto refutable tanto lógicamente como empíricamente. Un conocimiento social construido sobre esta base de permanente autocrítica, no puede menos que ser —por extensión— un conocimiento que surge además de la continua crítica de la realidad, la que debe ser escrutada con referencia a los grandes valores humanistas que, desde distintas vertientes, confluyen en el progreso de la razón crítica desde el Renacimiento, y que al hacerlo, entre otras cosas, echaron las bases de la ciencia moderna.

Quienes adoptan esta posición ven en la crítica de la sociedad no sólo una fuente de conocimiento más veraz y profunda, sino también una posibilidad de renovación intelectual y orientación social. Para esta concepción, el conocimiento más que un puro saber es también testimonio y enjuiciamiento, de donde su tendencia a concebir a la sociedad como un proceso contradictorio y problemático que sólo puede ser descu-

bierto si se le somete a una crítica objetiva y penetrante.

Es más, la crítica del presente es una proyección del pasado, por una parte, y una anticipación del futuro, por la otra. Y como la crítica del presente de la sociedad requiere desde su planteamiento mismo una toma de posición, la relación del conocimiento crítico con las opciones ideológicas y las percepciones del porvenir se tornan evidentes, sin que haya en este caso esfuerzos mayores por disimularlas. Por el contrario, sin que la ciencia social se diluya en las ideologías y utopías con las cuales se vincula en este esfuerzo crítico, el abordaje de los problemas de la sociedad como foco del análisis es asumido tanto como una posición epistemológica justificada y conveniente, cuanto como una posibilidad de contribuir a la configuración del futuro. De este modo, el conocimiento de la sociedad como una posibilidad de superar sus problemas y contradicciones, se convierte en un imperativo moral.

Otra vez el conocimiento social aparece juzgado por sus posibilidades de relevancia, por su potencial de transformación, aunque ahora en una dirección y con un sentido bien distintos que en la opción tecnocrática. En primer lugar, la posición crítica asume, explícita y positivamente, su responsabilidad de contribuir mediante el conocimiento crítico de la sociedad a la formación y transformación de valores, ideologías y utopías sociales. Además, la crítica de la realidad se propone enriquecer, mediante la razón objetiva y el conocimiento social, el acervo de soluciones, salidas y superaciones de las contradicciones que constituyen encrucijadas y puntos muertos en el desarrollo de las sociedades.

La posición crítica centra sus problemas intelectuales en torno a una serie de cuestiones básicas: ¿cuál es el papel de

las ciencias sociales en el progreso de la sociedad? ¿Les compete alguna participación en la definición y formulación de los objetivos sociales? ¿Es de su incumbencia la realización histórica de ideas tales como libertad, dignidad, justicia, paz, creatividad, amor, solidaridad y otras semejantes, de las que dependen la felicidad y el desarrollo de la condición humana? En suma, ¿cuál es la responsabilidad de las ciencias sociales frente al mundo del hombre?

Alguien dijo que la suerte de las ciencias sociales dependerá de su capacidad para ayudar a los hombres en su lucha eterna por la justicia y la supervivencia. Quizás sea cierto que las ciencias sociales no tengan la posibilidad de juzgar sobre la bondad de los valores y de recomendar 'científicamente' opciones y objetivos, pero también no es menos cierto que pueden examinar críticamente la validez de sus fundamentos. Por lo demás, toda ciencia social implica una ética social. De ahí se deduce que sus diversas concepciones entrañan, ineludiblemente, distintas éticas sociales, que implican formas y grados variados de relación y responsabilidad con el mundo humano. En cambio, lo que sí parece indemostrable es que haya alguna concepción de la ciencia social que no la tenga.

Contrariamente a lo que sostienen sus detractores, la problematización de la realidad puede ser concebida sin caer en los extremos de una pura ideologización del conocimiento, sea convirtiéndolo en un saber de barricada sometido a los movimientos pendulares de la política cotidiana, como tampoco quedar confinado en un repliegue folklórico y tradicionalista que concibe al presente apenas como una proyección del pasado. Ni una ni otra cosa; el conocimiento crítico, sin renunciar a los requisitos epistemológicos de la ciencia, es un saber que asume

consciente y abiertamente sus condicionamientos y responsabilidades sociales.

La indagación crítica de la realidad trae frecuentemente consigo la crítica de la situación hegemónica, de sus centros de poder y decisión, así como la de sus políticas, y esto es algo que no suele ser fácilmente viable sobre todo en coyunturas de crisis, cuando el debilitamiento del consenso aumenta la sensibilidad y vulnerabilidad a la crítica del orden vigente. Las reacciones del poder pueden ser variables, pero en general tienden a ser abiertamente represivas. En estas condiciones la crítica se hace difícil pero no imposible y la historia lo demuestra con muchos ejemplos. Por fortuna nunca ha

sido posible eliminar radicalmente la crítica. El día que eso ocurra el conocimiento dejará de ser lo que ha representado desde los tiempos remotos en que primero se secularizó y luego se organizó conforme a precisas reglas de método, de manera que fue adquiriendo los rasgos de saber científico, esto es, crítico. A lo largo de la historia el conocimiento secular y científico ha superado muchos terrenos accidentados que pese a todos los inconvenientes pudo sortear. Y si lo ha logrado fue precisamente porque nunca perdió su capacidad de renovarse mediante la expurgación de la autocrítica y la observación vigilante y autónoma de la realidad.

XIV

Hemos arribado al final y aparentemente parecería que estamos otra vez, como al comienzo, esto es, replanteando la cuestión de la libertad intelectual como un requisito del conocimiento social y, en general, de la verdad científica. Sin embargo, ninguna conclusión definitiva podría extraerse de unas reflexiones como éstas, hechas sin otro propósito que el de trazar, y de un modo muy general, el curso seguido por el problema de la relación entre conocimiento y realidad social, y del sentido que en alguno de sus diversos marcos tuvieron en el pasado y adquieren en el presente las concepciones de autonomía y responsabilidad intelectual.

Acaso valgan las observaciones anteriores para sugerir que el debate sobre la neutralidad de las ciencias sociales estuvo planteado en términos tales que ahora podrían considerarse históricamente superados. La viabilidad de un conocien-

to libre, que se gestaba en un mundo académico autónomo, constituye una realidad que hoy en día puede ser recordada con nostalgia y aun afirmada como un ideal, pero que es difícil de conciliar con el mundo de posibilidades que tenemos delante nuestro.

La autonomía y la libertad del conocimiento constituyen problemas que nunca desaparecerán del marco de las preocupaciones y debates de las ciencias sociales, aunque sus referentes concretos y su significado varían con las transformaciones de la situación histórica. Como no hay manera de concebir al conocimiento social sin plantearse al mismo tiempo los problemas de su objetividad y relevancia —y esto entraña ineludiblemente la cuestión de la libertad intelectual, porque sin ella no hay verdad ni objetividad— el problema acaso más notable consista en determinar qué formas concretas asumen estas relaciones en

contextos histórico-sociales específicos. Esto significa la afirmación de la relatividad de la verdad científica de las ciencias sociales y de ahí la continua necesidad de replantear sus problemas conforme varíe la situación histórica.

Ni totalmente dependiente ni incondicionalmente autónomo el conocimien-

to social se elabora bajo circunstancias y en condiciones históricamente variables que lo modelan, sin que por ello pierda sus posibilidades relativas de autonomía, las que *sólo* podrá conservar, pese a todos los constreñimientos, mientras no abdique de su vocación crítica.